

## Amor de tres centavos.

- Abu, ¿eran muy pobres ustedes en el campo?

Don Eusebio miró sonriendo a Eluney, la nietita, y recorrió con la mirada el living del lujoso departamento de Pablo, en el quinto piso de un moderno edificio, en pleno centro.

No se habitaba el viejo a ese ambiente, pero los hijos no querían dejarlos solos a él y la doña Felicia en el andurrial del terruño, adonde ambos suspiraban por volver.

- Pues, depende, mi ñaña, de qué se entiende por pobre. Allí nadie se consideraba pobre, porque todos éramos iguales. Cada familia tenía un campito, unas vacas. Unas cabras, algunas gallinas y una casa, ustedes dicen un rancho, donde vivir. El trabajo no era mucho, los vecinos vivíamos unidos. En invierno nevaba y nos encerrábamos en la cocina a tomar mate con tortas fritas. Los veranos, por demás calurosos, nos obligaban a dormir siestas largas. Sembrábamos una huertita como para pucherear y criábamos a los hijos pegaditos de las polleras de la madre y al mando del padre.

- Eran felices, entonces – comentó Dardo, el nieto adolescente -, Porque no sabían de otras cosas.

- Sí, m`hijo. Todavía no nos había picado el bichito de la codicia, de querer ser mejor o tener más que los demás.

- ¿Y cómo conociste a la yaya, abu? – insistió la chiquita sin hacer caso de las digresiones que siempre despertaba el hermano.

Don Eusebio acarició los rulos de Eluney, mirándola con un poquito de picardía.

Con la yaya nos conocemos desde niños, en realidad somos primos y nos criamos juntos en casa del tata Braulio, pero yo le eché el ojo desde chico y me propuse que, cuando fuera grande, me casaría con ella.

La yaya Felicia entró en la habitación en ese momento. Acarició la cabeza de Dardo, se sentó junto a don Eusebio y tomó la falda de Eluney. El muchacho miró con extrañeza a los abuelos. No se habían dicho nada y sin embargo, entre ellos hubo una chispa que brotó uniéndolos para dejarlos encerrados en un aura luminosa, cálida y serena.

- Isabel estaba mostrándome el collar de perlas que le ha regalado Pablo – comentó doña Felicia -. Es muy bonito y debe ser muy caro.

Dardo tuvo un gesto de amargura apenas disimulado.

- Sí – Pensó -, cada vez que pelean por algo que él hace, vienen los collaritos del perdóname.

- Yaya – quiso saber la incansable Eluney -. ¿Qué te regalaba el abuelo a vos?

- Él siempre me traía flores del campo que tanto me gustaban, pero una vez... ¿Se acuerda de los caramelos, Eusebio? – rió turbada, con aquella manera rara de tratarse de usted que no habían olvidado ni en la presente vida de ciudad.

- ¿Cómo no voy a acordarme, si fue la primera cosa marcada que te regalé?

- Pes, yo tendría unos catorce años y ella, como doce – comenzó don Eusebio y Dardío vio titilar entre los esposos aquel claro destello -. Fui a llevar una carga de leña a los vecinos, porque el hijo no estaba. Hacía un calor de cien diablos y me había levantado el alba para ir al monte con el burro parado. Estaba cansado a morir, pero un favor no se le niega a nadie, así que le entregue la leña a doña Machi y ella, no me olvido nunca, me dio tres monedas. Tres monedas, la primera plata mía que yo tenía.

- ¿Y era mucho dinero, abuelo?

El matrimonio rió al unísono, con ternura de nostálgica ante la pregunta.

- Muchísimo – respondió, sarcástico don Eusebio -. Eran tres monedas de un centavo, unas muy chiquitas, de cobre, que ahora no valen nada, ni siquiera se encuentran.

- ¿Y para qué te podían alcanzar tres centavos? – dijo burlón y casi despectivo el muchacho.

- Para mucho. Fui al boliche de los Saravia y con dos de esas monedas compré un puñado de caramelos, se los traje a ella y, medio tartamudeando, le dije que la quería.

El asombro de los nietos estallo en un grito, mientras los ancianos se miraban. Ella, ruborizada, quizás como entonces, y con los ojos llenos de lágrimas.

- Fue un amor de tres centavos, abu – dijo Eluney abrazando a la abuela -. Y con la otra moneda, ¿Qué hiciste?

- Ah, la otra moneda está aquí, ¿la ven? – respondió doña Felicia sacando del pecho una cadenita de donde pendía, junto a la cruz, un pequeño trozo redondo de metal, pulido por el tiempo.

Y mientras la niña acariciaba la monedita de la yaya, Dardo sintió un nuevo respeto por los abuelos que habían guardado tantos años aquella insignificante monedita de cobre y el inefable círculo de luz del amor primero, un amor de tres centavos.

*Rosa Pereyra.*